



*Un faro
con mucha
historia*



Un cuento para soñar, imaginar...
y trabajar los sonidos del triángulo
alveolar l/r/d.





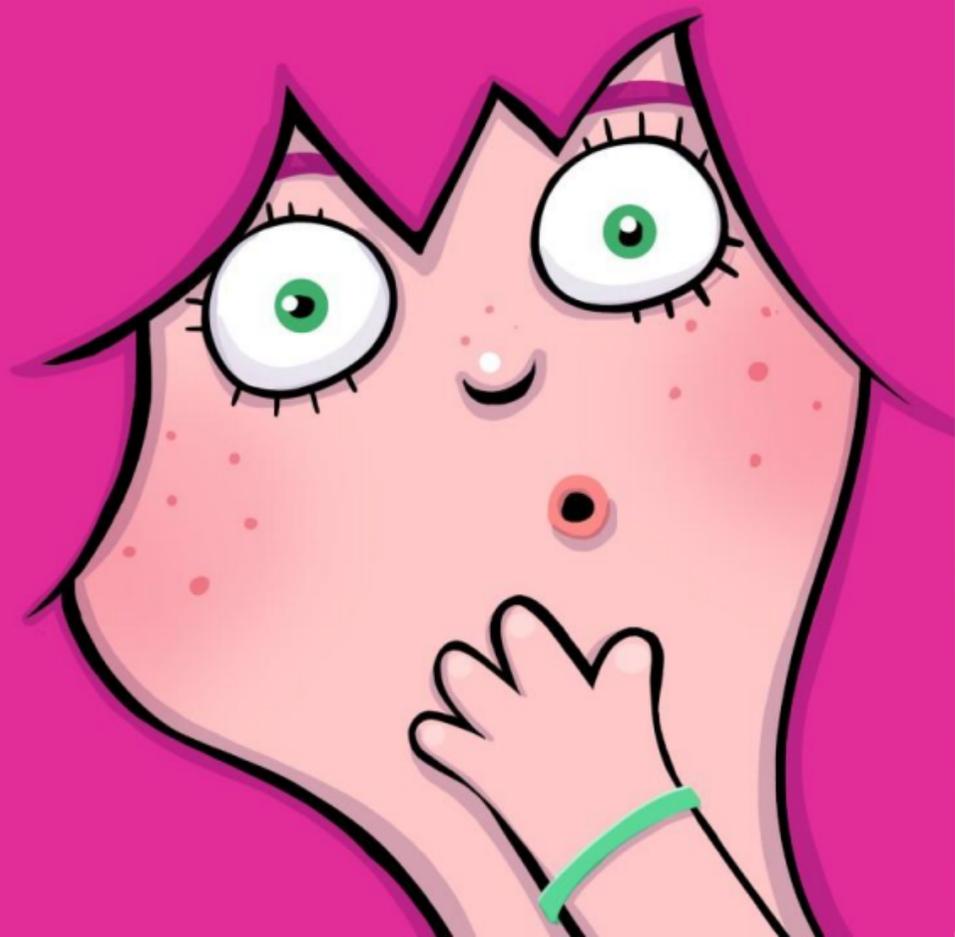
A Lala siempre le gustó pasear sola por la playa, sobre todo por la **cala** cercana a su casa, una pequeña franja de mar y fina arena dorada escondida entre acantilados.



Llegaba allí a primera **hora** de la mañana y lo primero que hacía era acercarse a la orilla para lavarse la **cara** con agua fresquita y, sentada en la orilla, dejaba que la espuma de las **olas** le acariciase los pies. Después, tumbada en la **arena**, observaba el vuelo de las gaviotas que atravesaban veloces el aire con las alas muy abiertas y se asombraba de que no chocasen entre ellas.



En esto estaba una mañana de verano, cuando oyó un sutil ruido a sus espaldas. Lala se giró pero, al no ver nada, volvió a concentrarse en el vaivén de las olas que se escurrían entre sus dedos para regresar al mar.



El ruidito se escuchó de nuevo, ahora
como un lamento...

¡ay ay
ayyy!



Esta vez Lala se giró con rapidez y... tuvo que frotarse los ojos hasta tres veces para asegurarse de que no estaba soñando: una pequeña criatura gemía con un **ala** lastimada. «Bah, sería un bebé gaviota -pensarás tú-. Tampoco me parece tan raro». Pues no, listillo o listilla. Era un **hada** diminuta, con una **tiara** en la cabeza y una de sus **alas** rota.

El **hada** trataba de mover el **ala** herida, con **cara** de dolor y preocupación. Lala se apoyó sobre los **codos** para acercarse a la pequeña criatura. -Ay, ay -se quejaba el **hada**-. Me he lastimado jugando al **aro** con el **loro** Lázaro. Madre mía, niña, ¡pero qué oreja tan grande tienes!



Con mucho cuidado, Lala colocó sobre sus rodillas a Dalia -que así se llamaba el hada- y entre las dos pensaron en cómo solucionar aquel desaguisado. -Podemos pegar el **ala** con **colo** - propuso Lala-, pero esta solución no me gusta un **pelo**. ¿Qué tal con un poco de pegamento o de **cera** caliente?

Estudiaron la idea, pero llegaron a la conclusión de que la delicada ala del hada, ligera como la seda, no podría soportar tanto peso.

IDEA



-Ya lo tengo -a Lala se le iluminaron los ojos-. Pediremos ayuda a mi abuela Herminia, la **Farera**. Tiene mil ungüentos y soluciones para **todo**.





Y dicho y hecho. Lala colocó a Dalia sobre su cabeza. El hada se agarró bien fuerte al **pelo** de la niña para no caer, y juntas emprendieron el camino del **faro**, situado en un recodo del cabo.



Herminia era una mujer maravillosa, una abuela muy especial. El mar lo era todo para Herminia la **Farera**. Bueno, el mar y los **fados**, unas bellísimas canciones que entonaba a todas **horas** porque, como solía repetir, le recordaban a sus tierras portuguesas.



Herminia se afanaba en abrillantar la bombilla del **faro** con el que cada noche guiaba a los barcos en la oscuridad para advertirles de la presencia de rocas. Divisó a las dos jóvenes desde las alturas y bajó las **escaleras** saltando de tres en tres, como era su costumbre.





Herminia echó un vistazo al **ala** de Dalia y, sin decir palabra, preparó un unguento a base de **pera**, miel, un ingrediente secreto y dos bolas de helado de limón. Ay, no, ¡perdón! El helado de limón era para convidar a sus invitadas.



Después de extender el unguento sobre el **ala** herida, Herminia entonó un delicado **fado** porque, según ella, aceleraba la recuperación. Lala y Dalia danzaban y le hacían el **coro** encantadas esperando la pronta recuperación.



Ejem... bueno, tal vez el delicado fado no sonaba tan bien como Dalia y Herminia la Farera pensaban, pero lo importante es que estaba haciendo efecto ¡y el ala empezaba a moverse!





De pronto...

-Toc, toc, toc...-Alguien picoteaba con fuerza el cristal del **faro.**

- ¡Pero si es Lázaro! -exclamó alborotada Dalia al reconocer la larga **cola plumada-. ¡Y allí abajo está el Pirata Patachula!**



Tan contenta y emocionada estaba que, batiendo las alas, cruzó la ventana a la velocidad de un rayo. Su ala recién curada dejaba a su paso motitas de oro que danzaban en el aire.



Así era. Lázaro el **Loro** y el Pirata Patachula, al que había recurrido en busca de ayuda para su amiga, llevaban un buen rato buscándola preocupados.

Viéndola revolotear a su alrededor con el **ala** recuperada no cabían en sí de alegría.





Por la tarde, cuando los cinco amigos observaban las **olas** desde la cúpula del **faro**, Lázaro preguntó como quien no quiere la cosa:

-Herminia, ¿y tu unguento también puede hacer que mi **cola** sea más colorida y hermosa?



-Claro -dijo Herminia-, pero para que la magia pueda funcionar un fado tendrás que cantar.

**El loro, muy alegre y motivado, empezó a cantar.
¡Sus amigos se tuvieron que tapar las orejas porque cantaba muy mal!**

Pero después de mucho cantar...





Las plumas de Lázaró se transformaron en las más brillantes y elegantes del mundo mundial.



Fin



-Eh, chicos, ¿hay alguien por ahí?
¡Qué sepáis que he aprendido un fado!
¡Y ahora tengo una cola larguíisima!

Copyright Psicología y Logopedia BlaBla
Todos los derechos reservados
www.logopediasancharro.es